

gasen con mas seguridad y produjesen mas grande efecto. Este abad con diversos rasgos de prudencia y de celo habia merecido de tal modo la confianza del Papa Felix, que habia prescrito á los legados que no hiciesen nada sin verle antes, y concertar con él todas sus determinaciones. Simeon arribó con felicidad á Roma, y á tiempo oportuno de informar al Papa antes de la vuelta de los dos legados que regresaron poco despues, y se presentaron llenos de confianza con las cartas del Emperador y del patriarca de Constantinopla. Todo estaba paliado en ellas, y todo se presentaba bajo un aspecto favorable. Hablaban honrosamente del concilio de Calcedonia, afirmando haberle suscrito Pedro Mongo, y se prodigaban encomios á este intruso, al paso que se acusaba gravemente á Juan Talaya. El Papa tuvo un concilio: examinóse maduramente la causa de los legados, se leyeron las cartas de los católicos de Constantinopla, se les dió oidos á los mismos legados y se les confrontó con el monge Simeon que los confundió con facilidad, y al punto Vital y Miseno fueron escomulgados y depuestos del episcopado.

45. El concilio confirmó las sentencias falladas por la santa Sede contra Pedro Mongo, calificado ya de herege; y respecto de Acacio se contentaron con criticar su proceder poco conforme á sí mismo, pues habiendo acusado á Pedro de heregia en sus cartas al Papa Simplicio, lejos de hacerle conocer por tal á Zenon, habia mostrado por una dobléz y una contemplan infames é indignas de un obispo, que el favor

de la corte le era mas apreciable que la fe. No obstante, intentó ganarle el Papa, y le representó paternalmente que habia pecado, pero que siempre habia tiempo para obtener el perdon de su culpa con un arrepentimiento sincero, no volviendo mas á ella y esforzándose á repararla.

No dejó la comunión del herege el pertináz patriarca, que en su interior no pensaba mejor que Pedro Mongo, ni le aconsejó claramente que recibiese el concilio de Calcedonia. El Papa bien informado de todo su proceder y vista la importancia del asunto, reunió en concilio á los preladados de Italia, y pronunció sentencia de condenacion contra Acacio. Esta contiene todos los cargos de que se le acusaba, sus usurpaciones de la jurisdiccion de sus compañeros, su comunicacion con los hereges condenados por la santa Sede, y en otro tiempo por él mismo, sus promociones al sacerdocio y al episcopado, el mal tratamiento que dió á los legados, y mucho mas el haberlos sobornado. Por último añade: „no habeis querido responder ante la Sede apostólica adonde se os citó segun los cánones por el obispo Juan; sea pues vuestra suerte con la de los malvados, cuyos intereses habeis preferido; y sabed, que por la presente sentencia quedais privado así del honor del sacerdocio como de la comunión católica.” Suscribieron sesenta y siete obispos con el Papa que firma: *Celso Felix, obispo de la iglesia católica de Roma.*

46. Despues de esto se trató de notificar esta sentencia en Constantinopla: comision muy delicada en

aquellas críticas circunstancias. Tuto, clérigo anciano de la iglesia romana, fue elegido defensor con esta mira. Púsose en camino con buena voluntad, y tuvo maña para ocultarse á los guardias que le esperaban á la entrada del Bósforo; pero no pudo entregar la carta del Papa al patriarca. Algunos monges acemétas por consejo del defensor tuvieron valor para fijarla en el manto de Acacio, al tiempo que entraba en la iglesia (1). Estos fueron sorprendidos y echados en prisiones, y los maltrataron con tanta crueldad que algunos perecieron. El débil defensor hizo ver entonces que es mas difícil de sobrepujar el riesgo que arrostrarle; y entrando en composicion se dejó corromper, y comunicó con aquel á quien venia á escluir de la comunión.

Al recibir el Papa cartas de algunos abades celosos en que le contaban el suceso, le causó un nuevo y grande dolor, una confusion extrema y una triste perplejidad. Por el mismo Tuto habia enviado al pueblo y al clero de Constantinopla la severa condenacion de los legados Miseno y Vital; y para borrar este postrer escándalo le fue preciso usar aun con mas presteza del mismo rigor contra Tuto. Así que tornó á Roma, se le convenció en pleno concilio por las cartas escritas contra él. El mismo confesó su prevaricacion, y se le privó con ignominia del cargo de defensor, antes del tiempo en que debia cesar, porque era de tiempo determinado, separándole además de la comunión. El Papa procuró informar de ello á los

(1) Nicephor. lib. 21. cap. 17.

mas religiosos cenobitas de Constantinopla, encargándoles que publicasen esta reparacion del escándalo de Tuto, y que advirtiesen á los fieles, que todos cuantos quisiesen ser tenidos por católicos se retirasen de la comunión de Acacio.

47. El patriarca, bien asegurado de la proteccion del Emperador, y satisfecho con el favor de las potestades del siglo, despreció todos los decretos de la Cabeza de la Iglesia, y se dió desde aquel entonces á los mas grandes excesos (1). Para colmo de su atrevimiento é impiedad borró el nombre del Papa de los sagrados dipticos, y por todo el oriente hizo separar de sus sillas á una multitud de obispos ortodoxos, substituyó hereges en su lugar, y no dejó pacíficos sino á los que profesaban ó favorecian la heregia. Así que, los prelados católicos se vieron precisados á buscar asilo en el occidente, donde la Iglesia era menos atormentada por los bárbaros arrianos é idólatras, que en el oriente por el sucesor de los Constantinos y de los Teodosios. Mandó Acacio tratar con un rigor particular á Calendion, patriarca de Antioquia, que él mismo habia ordenado, y le confinó á los horribles desiertos del Oasis. Coloreó esta inconsecuencia con pretextos especiosos; mas la verdadera razon era que este digno prelado permanecia en la comunión del Papa y del patriarca legítimo de Alejandria Juan Talaya; y ocupando tan eminente silla, su autoridad y su ejemplo eran del mayor peso para la buena causa. Tambien restableció á Pedro Fulon, á quien tan-

(1) Gesta. de nom. Acac. in fine.

tas veces habia condenado , no exigiendo otra cosa de este malvado sin honor que la suscripcion del henótico.

48. Para apoyar la seduccion por su parte afectó Zenon todas las exterioridades del celo por los progresos y pureza de la fe. Intercedió con Hunerico, Rey de los vándalos, hijo y sucesor de Genserico, en favor de la iglesia de Cartago que estaba sin obispo habia veinticuatro años. En vista de las reiteradas súplicas del Emperador, obtuvo licencia aquella iglesia para elegir un pastor, aunque con condiciones duras y gravosas: lo cual no impidió que el pueblo se alegrase sobremanera cuando vió ordenar á Eugenio. Una gran parte de ciudadanos no habian visto obispo sentado en esta primera cátedra del África; mas todos juzgaron estar en el colmo de la felicidad, cuando vieron las virtudes del nuevo prelado, su dulzura, su humilde afabilidad, su caridad tierna y activa, sus cuantiosas limosnas, una beneficencia que se estendia á todos y que era inagotable, aunque no reservaba nada para el dia siguiente. Habíanse apoderado los bárbaros de todos los fondos de la iglesia, mas el digno uso que hacia el obispo de los ofrecimientos de los fieles, movia á una multitud de personas á llevarle diariamente sumas considerables, que siempre se le vió repartir antes de la noche, á no ser que se las entregasen muy tarde. Así mereció indistintamente el amor y respeto no solo de los católicos, sino tambien de los mismos vándalos. Pero no obstante, esta fue la primer causa de una persecucion mas cruel que la del mismo Genserico.

49. Tantos honores tributados á la virtud de Eugenio conmovieron la envidia furiosa de los obispos arrianos, en especial la de Cirilo, el mas poderoso de ellos. Exageraron al Rey los riesgos que corria su comunión; y se comenzó por impedir que ninguno entrase en la iglesia católica en traje de bárbaro: así se llamaban á sí mismos los vándalos, para manifestar su desprecio del delicado traje romano. Hunerico hizo poner á la puerta de la iglesia guardias, ó mas bien verdugos, que en viendo á un hombre ó á una muger con traje de vándalo, les echaban á la cabeza unas sierrecillas de madera con que les enredaban los cabellos, y tirando despues con fuerza les arrancaban la cabellera con la piel de la cabeza. Así murieron algunos, y un gran número perdió los ojos. Pasearon por las calles á algunas mugeres con la cabeza desollada, precedidas de un pregonero para causarlas ignominia é intimidar á la multitud.

En la corte de Hunerico habia un crecido número de católicos, cuyos singulares talentos y sólidas virtudes los habian conservado hasta entonces en muchos empleos de confianza y distincion: no solo fueron echados del palacio, sino que los llevaron á las llanuras de Útica, y se les redujo con fiereza, á pesar de la delicadeza de su constitucion fisica y de la diferencia de sus ocupaciones, á segar los trigos en los mayores ardores del sol. Empero todo esto no fue mas que un preludio de la persecucion de Hunerico: cruel mónstruo que hizo morir á todos sus parientes para asegurar el reino á sus hijos, y creyó santificar

sus inclinaciones sanguinarias ejercitándolas en los enemigos de sus vicios y de sus errores. Tuvieron muchos santos ilustres horribles visiones de lo que la Iglesia iba á sufrir, y efectivamente pronto se confirmó cuanto habían anunciado.

Reccayeron en las personas consagradas á Dios las primeras violencias (1). El Rey mandó reunir á las vírgenes católicas y que fuesen visitadas vergonzosamente por las matronas, y á fuerza de tormentos se las obligase á deponer contra los eclesiásticos. Colgaronlas en alto con enorme peso en los pies: aplicáronles planchas de hierro ardiendo al seno y á los costados; y en esta situacion se las estrechaba á que acusasen á los sacerdotes y á los obispos de ser sus seductores. Muchas perecieron en estos tormentos, y muchas mas quedaron estropeadas; pero ni una tan solo acusó al mas ínfimo clérigo.

50. El tirano viendo que no podía deshonorar al clero con esta infame stratagema, se llenó de furor sin pretesto y sin ningun comedimiento. De una sola vez confinó al desierto á los ministros eclesiásticos de todas las órdenes con otros fieles de su familia, ó de su compañía, en número de cuatro mil novecientas setenta y seis personas, entre las cuales habia muchos enfermos y viejos tan decrepitos, que no pocos habian perdido la vista. Padecía una parálisis que le impidió hasta el uso de la lengua Felix de Abirita, que contaba cuarenta y cuatro años de episcopado. Los fieles no sabiendo como conducirle,

(1) *Vict. Vitens. lib. 2.*

hicieron rogar á Hunerico que le dejase en algun sitio retirado cerca de Cartago, donde no podia vivir mucho tiempo. Si no puede sostenerse á caballo, contestó el bárbaro, que le aten á unos bueyes que le arrastrarán adonde yo disponga que vaya. Fue, pues, preciso atarle atravesado sobre un mulo, y llevarle como una carga insensible.

Reuniéronse los confesores en la ciudad de Sica desde donde los moros debian llevarlos al desierto. Los encerraron en una cárcel que era tolerable, y á donde iban á consolarlos los fieles de las cercanías; mas presto se les privó de este consuelo, porque se mostraban mas firmes que nunca. Manifestaban su constancia todos ellos sin esceptuar los niños, que resistieron á los esfuerzos de algunas madres ciegas por su ternura, que querian rebautizarlos para librarlos de la persecucion. Encerraron, pues, á los presos en un calabozo horrible y tan estrecho que yacian unos sobre otros, sin tener ni un espacio libre para satisfacer á las necesidades naturales: lo que produjo una infeccion contagiosa y una horrible multitud de reptiles, que engendrados en esta corrupcion, los devoraban vivos. Dice el historiador Víctor que habla como testigo ocular (1), que habiendo encontrado medio de introducirse en este calabozo, dando dinero á los moros en tanto que dormian los vándalos, se metia hasta las rodillas en la inmundicia y gusanos.

Por último les mandaron partir bajo la escolta de las moros. Salieron de esta cloaca, no solo con los

(1) *Lib. 2. num. 1.*

vestidos horriblemente sucios, sino tambien con los cabellos, el rostro y todo el cuerpo en un estado que la delicadeza de los lectores nos obliga á ocultar. No obstante, entonaban cánticos de accion de gracias, y se tenian por felices en padecer estas infamias por la gloria del Hijo de Dios. Acudian los pueblos de todas partes para verlos, llevando cirios encendidos, pidiéndoles su bendicion para ellos y sus hijos, y se los presentaban, querellándose con muchas lágrimas de que quedaban sin pastores y espuestos á ser presa de los lobos carniceros; pero ó rechazaban brutalmente á estos piadosos fieles, ó despues de haberles dejado egercer su liberalidad con los confesores, despojaban á estos de lo que les habian dado. Advirtiése particularmente una muger que corria con precipitacion llevando un niño por la mano, y diciéndole: *corre, querido mio, ¿no ves como todos estos santos se apresuran á ir á recibir su corona?* Reprendíanle de imprudencia y de dureza los que la acompañaban. *Orad por mí, les dijo, y por este niño que es mi nieto: yo le traigo temiendo que el enemigo de nuestras almas le sorprenda solo y le haga sufrir una muerte mucho mas funesta.*

Mostrábanse los confesores mas sensibles á los riesgos de los fieles que á sus propios males, aunque su marcha se apresuraba inhumanamente; porque cuantos mas testimonios de veneracion recibian, menos consuelo se les daba. Picaban con dardos á los viejos y á los niños cuando no podian mas, ó los tiraban piedras para hacerles andar. Si el exceso de la

fatiga abatía á algunos de cuando en cuando, se mandaba á los moros que les atasen cordeles á los pies, y los arrastrasen como bestias muertas; de modo que aquellos caminos ásperos y escabrosos se vieron en breve teñidos con su sangre. Caían sus vestidos á trozos, ó se enredaban en las piedras y en las zarzas. Todo su cuerpo era una llaga; este llevaba la cabeza hecha pedazos, aquel abierto un costado ó el vientre, casi todos tenian los miembros dislocados, y muchos consumaron entonces su martirio. Los que fueron suficientemente robustos para llegar al desierto, no encontraron allí otro mantenimiento que cebada, la que se suministraba por medida como á bestias de carga, y aun se les privó en breve de ella, dejándoles perecer de hambre. Menos perjudiciales que los tiranos fueron los animales venenosos; y se notó que en un territorio que, por decirlo así, no era otra cosa que una cueva de los mas venenosos reptiles, ninguno de los siervos de Dios murió de sus mordeduras, á las cuales quedaban espuestos sin ninguna precaucion.

51. Hunerico mandó proponer al obispo de Cartago una conferencia con los obispos arrianos, despues que tantos santos y sabios ministros de la Religion fueron alejados de esta suerte. Eugenio contestó que interesándose todo el mundo cristiano en unas cuestiones en que se trataba de los primeros principios de la fe, iba á escribir al Papa, Cabeza de todas las iglesias, y á congregar los obispos de todos los paises: no porque no quedaran aun en África

suficientes para hacer triunfar la verdad con sus luces, pero como estaban bajo del yugo de los vándalos, tenían mucho mas que temer que los estrangeros, así respecto de si mismos como de sus ovejas. Hunerico lejos de dar oidos á la representacion de Eugenio, procuró al contrario alejar aun á los africanos que pasaban por sabios. Al obispo Donaciano le confinó despues de mandar darle de palos, y tambien á Presidio de Sufetula, y aun hizo atormentar á otros muchos de diferentes maneras. Un milagro célebre que obró entonces el santo obispo Eugenio, solo sirvió para enfurecer mas al tirano. Un ciego harto conocido llamado Felix, recobró de repente la vista con el solo contacto de la mano del prelado delante de un concurso innumerable de fieles, reunidos para la solemnidad de la epifanía. No habia duda de un hecho que tantos presenciaron, pero no por esto dejó el Rey de llamar á Felix para oir de su boca la verdad y todo el órden del acontecimiento. Comprobada de este modo la maravilla hasta la evidencia, nadie se atrevió á dudarla; y confesando el milagro se tomó el partido de decir que Eugenio le habia obrado por maleficio, y se siguió el proyecto de la conferencia.

Acudieron á Cartago para el dia prefijado, que era el 1.º de Febrero de 484, los obispos del continente de África y de todas las islas sujetas á los vándalos. Hunerico hizo allí matar á cuantos pudo con diversos pretestos, mas con el único motivo de quitar á la buena causa sus mas celosos y mas ilustrados defen-

sores. No obstante, quedaban muchos para que los obispos arrianos osasen entrar en lid con ellos. Sin embargo comenzó la conferencia; pero movieron mil efugios para romperla, y habiendo pedido los católicos que hubiese árbitros presentes, ó que á lo menos los mas sabios del pueblo fuesen testigos, se mandó dar cien palos á los legos *homousianos* que se atrevieron á hallarse en ella: así llamaban por desprecio á los ortodoxos. Sobre el nombre de católicos, que no dejaron de tomar en su confesion de fe, movieron grandes quejas los arrianos, y por mas modestia que manifestasen para satisfacer á ellas, se les acusó de tumulto y sedicion, y corrieron á decir al Rey que los *homousianos* lo turbaban todo para evitar la conferencia. Al parecer este juego habia sido concertado entre el Príncipe y sus obispos; porque al punto ordenó remitir á las provincias un decreto formado de antemano, en cuya virtud, y al propio tiempo que los obispos ortodoxos estaban en Cartago, en un solo dia se cerraron todas las iglesias, adjudicando á los arrianos todos los bienes de estas y de sus pastores, y aplicando á los católicos las penas impuestas contra la heregía por las leyes imperiales. Divulgóse igualmente, que no pudiendo los *homousianos* probar su doctrina con la Escritura, habian disuelto la conferencia, convirtiéndola en sedicion por medio del pueblo á quien habian sublevado. Para dar algun color honesto á esta calumnia, se les fijó con una apariencia de moderacion y humanidad cierto término para merecer el perdon.

Mas sin dilacion alguna, apenas se envió el edicto para apoderarse de las iglesias y de todo lo que tenian en su pais, echó Hunerico de Cartago á los obispos que se hallaban juntos, despues de haberlos despojado aun de lo poco que habian traido consigo, sin dejarles ni caballo, ni esclavo, ni aun vestido para mudarse. Al mismo tiempo se prohibió con pena de fuego alojarlos ó darles viveres. De este modo se les vió en número de quinientos ó seiscientos, la mayor parte de edad adelantada, vagar errantes al rededor de los muros de la ciudad, sin asilo, sin abrigo, espuestos dia y noche á todas las molestias del aire, y careciendo de alimento; y en pocos dias perecieron ochenta y ocho. El Rey habiendo salido casualmente, se le presentaron los que podian moverse, pidiéndole que se aplacase; pero sin oír su humilde peticion, á la cual solo contestó con miradas terribles, mandó correr sobre ellos á algunos caballeros de su guardia, que estropearon á muchos bajo los pies de sus caballos (1). Todos por fin fueron desterrados á la isla de Córcega, y condenados á cortar madera para la construccion de navíos.

52. Enviaron al desierto de Trípoli al obispo de Cartago San Eugenio, y le entregaron á un arriano furioso llamado Antonio, que cada dia discurría nuevos modos de atormentarle. Considerándose el Santo como una víctima sacrificada por su iglesia, añadía á estos tormentos ásperas maceraciones voluntarias. Durmiendo en la tierra, y cubierto solo de un saco, con-

(1) *Vict. Vit. lib. 4. num. 3.*

trajo una parálisis que le embargó hasta la lengua. Hizole beber por fuerza su perseguidor un vinagre violento con el cual se creyó que el santo anciano perdería la vida; mas sanó, fue librado del destierro por el Rey Gontamundo, y vivió hasta el año 503 en tiempo de Trasamundo que le confinó á Albi en las Galias, donde murió, y su memoria es allí mas venerada que en lo demás de la Iglesia.

Fue echado despues del obispo con una barbaridad gradual todo el clero de Cartago compuesto aun de mas de quinientas personas: lo que nos da una idea del lustre de esta iglesia primada del África en sus dichosos dias. El diácono Muritta que era un respetable anciano, se distinguió por una firmeza extraordinaria (1). Había tenido en la pila bautismal al apóstata Elpidiforo, que se habia manifestado el mas ardiente de los perseguidores, antes que los católicos partiesen para el destierro. Muritta entonces sacó de repente los lienzos con que habia cubierto á Elpidiforo al salir de la pila, y que tenía ocultos bajo sus vestidos, y habiéndolos desplegado ante todos dijo al apóstata que estaba sentado como su juez: „he aquí el vestido nupcial que te acusará en el tribunal del Supremo Hacedor, y te hará aherrojar sin esperanza en el pozo ardiente del abismo; tú llorarás infeliz, mas ya no será tiempo, la falta de este preservativo sagrado de que te despojaste á ti mismo para revestirte de una ropa maldita é ignominiosa.” Elpidiforo quedó pálido en su tribunal sin osar dar contestacion.

(1) *Id. lib. 5. num. 9.*